



688280

Crónica Literaria

Por ALONE

May pelágreo para un escritor joven obtener la victoria inmediata. De una manera u otra se la hacen pagar. No es solamente el silencio de las imprentas, hasta cierto punto lógico, máxime cuando el triunfo editorial se añade el otro, no siempre justificado, irrefutable en números. Una leyenda obstinada se empeña en que los talentos verdaderos sean desconocidos, que las circunstancias conviertan al artista valioso en una víctima y que sus comienzos lamentables se deban al ambiente, a la incompreensión etc.

Eso es la crítica.

No negaremos que ese vulgar prejuicio encierra parte de verdad. Quien algún elemento nuevo aporta parece legítimo que sea recibido, que se le ojeen las valías. Noventa veces la rutina. No entra por sendero común. Trece testamentos, imitaciones y hasta palabras que deben ser como para imponerse, creando costumbres mentales diferentes, haciendo ver a una luz distinta la vieja realidad.

Eso no se efectúa de un día a otro.

A menudo se requieren años, no pocas veces hasta la muerte y el transcurso de largos períodos para que el tiempo consiga hacer aceptar por nuevos lectores al escritor nuevo.

Algunos lo reconocieron, se resignaron y hubo quien avanzó fríamente cuando la crítica y el público se lo sometieron. El caso de Stendhal que fijó la fecha de su resurrección, formulando un vaticinio que a la hora justó siempre a cumplirse.

Por la inversa, Maupassant, desde el primer momento indicado, cuando se quiso celebrar el centenario de su nacimiento, medio siglo después de su muerte, encontró tal cantidad de voces mudas, de gestos evasivos o desdenantes que su inmensa memoria se vio desamparada, reducida a un púmbo de legos cruciatas.

Otras veces ocurre que una primera obra triunfante hace formular promesas excesivas y, en cierta medida, ofensa o aplasta a las demás, con frecuencia repeticiones de la humana mayor y que no la supera.

Innecesario citar más ejemplos.

Si alguno más se pudiera, mostraría el de Proust que apenas alcanzó la apoteosis en que su centenario se aproxima.

Pero estas reflexiones generales sólo se aplican desde lejos de Jorge Icaza. Nuestro autor pertenece a una raza especial de escritores crecidos de poco al margen de la literatura; fijos de ambición sin pretensiones, no fluctúan condescendidos, desviados su obra, sin halagar a los críticos ni institucionales después y que, de cierta manera, se ven como arrastrados por su propio dolo.

La primera advertencia de su talento se la dieron audaces lectores dentro de un ámbito popular que se abrió inmediatamente conmovido. Los libros vinieron más tarde y su propagación lo impulsó un que él lo trabajó.

Ahora lo tenemos, con esta fama de su vasta biografía novelada, de hecho convertido en un creador poderoso que, pese a su evidente intencionalidad erudita, no ha perdido y hasta parece haber ganado una espontaneidad impetuosa, densa y irayevit.

No se debe por el refinamiento de la prosa. El estilo corre fácil, indiferente al detalle, retórico, entre repeticiones. Ajeno a la búsqueda de imágenes y adjetivos calculados, instintivo, un dominio interior lo posee y él se deja llevar, conducir con alegría, dirigiéndolo y encaminándolo para que no se desborde. Ninguna pelágreo en el caudaloso flujo de las palabras.

Precedentes, "Dejo las Bandas del Libertador", la "Acora de Bolívar", siguen su viaje a México, cuando cumple diecisiete años. Dejamos a España y almas el famoso juramento de Roma, no lejos de Napoleón, al lado de Rodríguez.

No hay que pedirle una exactitud histórica de tipo material.

Más que biografía novelada es una novela biográfica, una sucesión de cuadros, escenas y diálogos entre personajes significativos, organizados en torno al héroe, que está siempre a la vista, con su cuerpo tangible, su pequeña estatura de adolescente nervioso y los gestos que hace al moverse en torno de los acontecimientos sucesivos, como lo hubiera visto un contemporáneo.

En la que el historiador, atenta y sólo pertenece al visionario.

Trácese, en realidad, de una protagonista silenciosa, una especie de Helena mirra.

Cuando el "Séptimo de Línea" era objeto de insinuaciones conmovedoras y sus aventuras llevadas a los más sencillos, incluso a muchos que no saben leer, nos tocó ver, entre las opiniones dudosas y divergentes, dos expo valencianas nos impresionó.

Una del entonces Presidente de la Academia de la Historia, artista refinadísimo que no otorgaba su aprobación a cualquiera; Alfonso Balse que ni siquiera imagináramos leyendo a Jorge Icaza la celebraba. La otra de una autoridad distinta, equivalente. Don Francisco Encina, el historiador máximo, se acordaba de lo que pasó "la disquisición natural" y reconocía que ese período de la Guerra del Pacífico, por el investigado de primeras aguas, el valor del "Séptimo de Línea", con unas cuantas lecturas, que él habría podido resumir, conseguía el milagro de hacerle vivir con su espíritu, su carácter, su atmósfera, tanto que apenas había requerido leves modificaciones para tenerlo como un documento de época.

El acuerdo de esas valoraciones diferentes, en otros aspectos discordantes, nos pareció un hecho digno de ser notado.

Ante la declaración de Gál de que Simón era el Bolívar de nuestro tiempo...

El eco de las grandes voces (Q. E. P. D.) nos ha acompañado durante la lectura de las numerosas páginas bien nutridas que integran el libro de Icaza sobre la juventud del Libertador, al que Encina dedicó sus posteriores críticas.

Había de más para abundar en sus desconfianzas a la corriente narración.

Un acierto el primer paso del capítulo primero. Bolívar se halla en Veracruz. El 29 de marzo de 1799 le escribe a su tío de Caracas una carta con la ortografía y la redacción de un niño de ocho años. Contaba dieciséis. Era el resaca de su rebeldía intelectual, de su profundeza desbordada por la acción y los quebraderos de cabeza que la conciencia había dignificado para sus profesores. Entre ellos, nada menos, don Andrés. No es que le fallaran libros al manifestar, es que le sobraba inquietud y era un poco salvaje.

En Ciudad de México volvió al Virrey, visita los salones de la corte, aprende el amor. Por fin se hace cortésmente esperar.

Madrid lo espera bajo Carlos IV y María Luisa. ¿Dónde va a parar? A la casa de Meló, el apolítico guarda de corps de Su Majestad que transitoriamente reemplaza a Godoy en las favores de la reina y vive a la princesa, en un palacio. Fuerte experiencia el espectáculo de un compatriota fatigado y alegre que gozaba de la vida sin preocupaciones.

Veamos su retrato por Icaza:

"Manoel Meló —pág. 34— vestía el austero uniforme de gala de los guardias de corps de palacio real. Desde los hombros de plata que le engranaban las botas lentras hasta las alfileras que se le trenaban sobre el pecho y las charreteras sobre los hombros o los cordonesillos numerados en las mangas y la cinta corta, verde oscura, con esmeraldas cuello de piel, todo en él resplandecía, como resplandecían sus ojos oscuros y azules y la doble hilera de sus dientes grandes y un hacho animalístico..." Lucía hermosa, virilmente hermoso. Todo en él irradiaba energía, optimismo, fuerza vital.

Uno siente que le ha visto y que también su marmallo cuando le muestran la valla de la reina, vieja, gorda, chica y fea.

—Esta moladora...

No sólo la vista, todos los sentidos contribuyen a las imágenes evocadas. Los esplendores de la residencia madrileña, por contraste se recuerda a Bolívar la gran casa de Caracas donde se crió, "con olor a cirios, a humedad, a cuero y el muy particular que despedían las esteras de esparto que cubrían los pisos..." El novelista lo ve, lo oye, lo observa todo: en la expresión del duce, cuando un trance comienza la aprensión, hasta luego frase: "... su rostro se endureció en torno de una sonrisa fría..."

Se comprende que un novelista así dotado bien podría prescindir del esquema de la historia para hacerlos sentir. Para no queremos tener su versión. Nunca permitidos únicamente lamentar que en fantasía le haya estado de esta tierra con otros rumbos.

A menudo leyendo la semblanza de Bolívar y mirando su reducida estatura, todo nervio, nos ha ocurrido compararla con la de Ponce, tampoco de estatura desproporcionada y que, en varios aspectos de su también corta estatura, se asemeja al Libertador. Uno y otro, serenos y ardientes, presentan ese que raro del hombre de un solo amor, el de la esposa, que ambos perdieron pronto y nunca olvidaron.

Sería un interesante paralelo el de esos residentes penales y capos de la plaza del gran evocador que se losotras.

Pero voltemos ahí la ilustración.

Nuestro autor es aun muy joven y le queda todavía larga carrera por recorrer. El campo de la historia se abren menos territorios que el de la fantasía.

Crónica literaria [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Crónica literaria [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile